

Juan Manuel Sandín Pérez

RIAÑO 20 AÑOS: INTRODUCCIÓN

A mi abuelo, que me enseñó a querer a nuestra tierra.

*Yo de mi patria abandoné los montes,
por esta soledad que llaman Mundo;
y la luz de nuevos horizontes,
no iluminaba mi dolor profundo.*
Enrique Gil y Carrasco.

A comienzos de este año de 2007 se me ocurrió la idea de conmemorar, es decir, de recordar juntos, el 20 aniversario de la desaparición del valle leonés por excelencia: el Valle de Riaño, sepultado por las aguas de un pantano dos décadas atrás.

Para ello, hablé con la Asociación Cultural Monte Irago, de Astorga, que puso a mi disposición su revista ARGUTORIO, publicación cada vez más entrañable e imprescindible dentro del panorama de las letras leonesas actuales, para tal fin.

Comenzó entonces un trabajo laborioso pero gratificante, consistente en ofrecer de nuevo la palabra a las «voces del León», que por aquellas fechas de finales de los ochenta levantaron la voz sensata y, por qué no decirlo, sentimental de todos, pero fueron ignoradas por la maquinaria insensible del Estado, obcecado como ahora, en ocasiones, por intereses económicos.

Así pues, con el libro *Riaño vive* en mano, me dispuse a contactar con sus autores. Y entonces se produjo de nuevo el milagro: Riaño, aquel ente puramente administrativo para muchos, como el señor Cosculluela, fue de nuevo la piedra angular que logró reunir alrededor suyo a todos cuantos se pronunciaron entonces frente a la sinrazón de condenar a un pueblo (la Montaña) para dar la «salvación» teórica a otro (el Páramo).

Ése, para mí, es el verdadero prodigio que mana de esta tierra leonesa que compartimos, tantas veces olvidada y denostada por nosotros, sus propios hijos.

Pues al haber preparado este número especial de ARGUTORIO he podido comprobar cómo la llamada de las propias raíces de uno, posee tal poder de convocatoria que, aún desaparecidos ya los lazos materiales con ella, como en el caso de Riaño, del viejo Riaño, los leoneses somos capaces de evocar de nuevo nuestra memoria colectiva y las propias vivencias personales, aún sin conocernos, para crear así, como decía Angel Fierro en aquel especial de *Picogallo*, «un homenaje que nos sobrevivirá en el tiempo». También han querido sumarse en esta ocasión nombres nuevos, personas que, por ser entonces demasiado jóvenes o por otras causas, no se manifestaron, pero que aprovechan ahora la ocasión de colaborar junto a los de entonces.

Y estoy convencido de que al igual que cada 13 de junio los habitantes de los pueblos anegados por el embalse de Vegamián, dispersos por la geografía española, se reúnen el día de la fiesta del pueblo para compartir un día juntos en la tierra que les vio nacer y crecer, dentro de quizá otros 20 ó 30 años... qué sé yo, alguien sienta la necesidad de recordar, y con ello salvar, la memoria de sus antepasados, y Riaño volverá a ser el viejo Riaño que

fue un día. El verde valle lleno de praderas de capilotes y cielos bruñidos de azul. Y al calor del fuego de nuevos filandones (ignoro su forma, pero sé que sucederán) se volverá a recordar la vida en esos valles, la misma que perdimos bajo las frías aguas del progreso en Riaño, y que hoy se nos escapa bajo las garras despiadadas de la despoblación y el abandono, sin que nos demos cuenta de lo que con ello estamos perdiendo.

Fue Proust quien dijo aquello de *no hay paraíso hasta que se ha perdido*. Perdido el *gran valle*, tocó entonces llorar por lo extraviado. Y ese lamento resulta en nuestros días doblemente duro, pues hoy, con la amplitud de miras que otorga el tiempo transcurrido, sabemos que la riqueza y prosperidad que iba a traer ese pantano, no es, ni mucho menos la que nos prometieron en su día.

Nuevos proyectos amenazan hoy el equilibrio, -ese frágil equilibrio Hombre/Naturaleza- en la provincia. Estaciones de esquí que roturarán y destrozarán los valles por donde hoy campan los últimos osos cantábricos; líneas de alta tensión que transformarán de nuevo irreversiblemente el territorio de la montaña leonesa; incendios forestales descontrolados que arrasan cada temporada cientos de hectáreas en nuestras comarcas. Éstos son hoy el nuevo «Riaño» que se cierne sobre nuestras cabezas, y que se llevarán otro pedazo del viejo León, de la frágil Tierra que habitamos, a menos que nos unamos firmemente, no para impedir, sino para exigir un desarrollo sostenible, que respete al máximo el medio donde se asienta y la preservación integral de nuestro rico patrimonio natural, cultural, y social. Como bien dice el poeta A. Colinas, *nos va la vida en ello*. Recordémoslo.

AGRADECIMIENTOS

Como es fácil de suponer, la elaboración de un documento en el que participen más de una treintena de firmas, supone un, cuando menos, complicado trabajo.

Ha habido anécdotas varias. Por ejemplo, la coincidencia en el nombre y apellidos de ciertos autores, como el biólogo Joaquín Araújo, con quien creía estar hablando, hasta que después de varios minutos de conferencia el buen hombre me dice que no es naturalista. O cuando me puse en contacto con un tal «Juan Pedro Aparicio» que resultó no ser el escritor leonés, y que me contó que cada año le mandaban invitaciones para la feria del Libro de Madrid. Cierta colaborador me cambió el apellido en la carta que me envió, y así pasé a ser «Gondín» en lugar de «Sandín» (no importa, por supuesto). Pido disculpas así mismo a ese otro colaborador a quien le urgí nos enviase su texto, cuando fue precisamente uno de los primeros en mandarlo, sólo

que se me traspapeló a mí.

Estas semanas me han dado la oportunidad de conocer personalmente a numerosos leoneses que, más allá de su calidad profesional, me han demostrado ser también grandes personas.

Por ello, quiero expresar mi más sincero agradecimiento a todos los escritores, poetas, periodistas, pintores, músicos, fotógrafos, técnicos, expertos, asociaciones, medios de comunicación, empresas, particulares, etc que de una forma totalmente altruista han demostrado su máximo interés, aportando sus trabajos y sacando tiempo de sus apretadas agendas, como es el caso de nuestro gran poeta D. Antonio Gamoneda. Son ellos realmente los que desde el cariño que profesan a nuestra tierra leonesa, han elaborado de nuevo un sencillo pero sentido homenaje a las gentes de Anciles, Burón, Éscaro, Huelde, La Puerta, Pedrosa, Salio, y Riaño, y a todas aquellas personas, que como por entonces dedicaba ya aquel entrañable *Riaño Vivo*, sienten que perdieron algo con la desaparición del Valle de Riaño.

Y cómo no, agradecer también a la revista ARGUTORIO su apoyo incondicional, y a ustedes, sus lectores, que hacen que cada número, y de manera especial éste, merezca la pena.

Disfruten con su lectura.

Juan Manuel Sandín Pérez (Astorga, 1978). Técnico en Gestión de Recursos Naturales. Ha viajado por casi toda la geografía leonesa, y al país nórdico de Finlandia en varias ocasiones. Colaborador habitual de *El Faro Astorgano*, ha publicado también crónicas de viaje y artículos de temática variada en el *Diario de León*, *Argutorio*, etc. Actualmente trabaja en un Centro de Educación Ambiental de la Comunidad de Madrid.



Pegatina con la leyenda *Salvemos Riaño*, creada a finales de la década de los ochenta por la Plataforma para la defensa de los Valles.

Antonio Gamoneda

MI RIAÑO

Antonio Gamoneda. (Oviedo, 1931) Destacado poeta y escritor leonés de adopción. Premio Nacional de Literatura en 1987 por su obra autobiográfica *Edad*. Premio de las Letras de Castilla y León en 1985. En 1992 publica *El libro del frío*, que lo consagra como uno de los poetas más importantes en lengua española. Director de la Fundación Sierra Pambley. Premios Reina Sofía y Cervantes de Literatura en 2006 a toda su trayectoria profesional.

Mi Riaño no es, desde luego, la fría urbanización que ahora lleva ese nombre.

A mi Riaño yo iba, hace casi sesenta años, y dormía en la fonda Orejas antes de madrugar para, andando, alcanzar el alto del Pontón, y siempre andando, descender, por Sajambre, al desfiladero del Sella, o por Valdeón, a la vertiginosa trocha del Cares. Siempre había que ir a Riaño; a mi Riaño, claro.

No tardando, a dos meses y medio vista del día que esto escribo, se cumplirán exactamente el uno de septiembre, cuarenta y siete años de que una vez más fuésemos a Riaño. He dicho «fuésemos». Éramos dos. Nos habíamos casado por la mañana, y al día siguiente, dimos en Soto de Sajambre; en el hostal de... No me acuerdo.

Ya no puedo regresar física y realmente al lugar de mis recuerdos. De mis mejores recuerdos, quizá. Y no lo podrán hacer tampoco otros muchos que también allí los tendrán. Ni los que allí nacieron o enterraron a sus padres.

Agua que nunca quiso ir allí, kilovatios y dividendos cubren ahora los espacios de los que nada se desprende salvo lo dicho: kilovatios, dividendos...y melancolía.

Naturalmente, hay que vivir. Y hay que vivir cada vez mejor. Algunos mucho, demasiado mejor. La electricidad es, al parecer, una energía «limpia». Sí, lo sé, pero también sé más cosas. Por ejemplo, que se cobra y distribuye de una manera sucia en ocasiones, que puede contaminar y contamina, llenando de ruidos insanos lugares que debieran ser serenamente silenciosos; que mueve máquinas y sistemas fabriles cuya producción conviene a la muerte; y que cubre falazmente el desproporcionado y super estimulado vicio del consumismo que...

No es nuestro caso pero, puesto ya en el disparador y pensando con alcances planetarios, doy en considerar si esta energía será también limpia cuando hace funcionar una silla eléctrica.

Estoy en el punto del desvarío, lo sé, pero sin apartarme de tal punto, puedo decir cosas más difícilmente cuestionables. Por ejemplo, si será limpio, sea cual sea la causa y el beneficio a obtener, expulsar a seres humanos del que es su propio y elegido lugar; si sea cual sea la conveniencia o ganancia a cubrir, puede justificarse la creación de un sufrimiento al despojarles del lugar en el que decidieron vivir y morir.